

bata de seda azul, *flotante*, que le está muy bien. »

Sí, lo que es el azul, máxime si es flotante, se combina bien con el negro.

¡ Oh prensa parisiense ! ¡ Oh negrita desgraciada ! Ya están acabando con ella. Al verla en Marsella, preguntaron las señoras :

— ¿ Pica ?... ¿ Pica ?...

Yo no lo sé; lo que sí sé es que el general Dodds, volviendo de *allá* como un explorador, me ha quitado la ilusión. Porque ahora, siempre que tenga que hablar del general, me acordaré primero de la negrita...

\* \* \*

Las exploraciones más ó menos pacíficas, terminan, por fuerza, con la adquisición de una negrita, obligado gaje del oficio de explorador. Cuando estuve, — no en calidad de explorador, sino á título de persona, — á ver al Sultán de Tánger (ó á que el Sultán de Tánger me viera á mí) recuerdo que me dijo aquel salvaje :

— Le regalo á usted esta negrita. ¡ Llévesela usted !

Á lo que contesté, después de examinarla al microscopio, sumamente indignado.

— ¡ Guarde usted eso, Sultán !

## RESCRIPTOS

Son rescriptos de origen divino. Por el primero se hace saber al gobierno de Alsacia-Lorena, para que el gobierno entere á los vasallos, malandrines y demás follones, que se revocan las maniobras en Lorena, « porque el emperador, animado de sentimientos paternales por su pueblo, quiere evitar que afluya á un solo punto la multitud *patriótica*, con riesgo de la salud del pueblo ». La cual orden, desbrozada del estilo pérfido en que se explican los señores de origen divino, quiere decir que el emperador tiene miedo al microbio, como lo prueba el hecho de haber ordenado la desinfección de la vajilla imperial, que fué enviada, para el servicio de S. M., al Casino militar de Metz.

Segundo rescripto. En cumplimiento de órdenes terminantes del emperador — participa la *Nord-deutsche* — el gran mariscal de la corte ha dispuesto que esté en pie de día y de noche la segunda batería de artilleros de la guardia imperial, pronta á anunciar, con las salvas de ordenanza, el nacimiento del

séptimo hijo de su majestad. Un aparato telegráfico, en comunicación con el cuarto de la parturienta, transmitirá al coronel de la guardia, en el instante mismo del suceso, la noticia de haber alumbrado la emperatriz. *El primer cañonazo coincidirá con el primer grito que dé la criatura.*

¡Qué precisión! ¡Qué disciplina! ¡Eso es lo que se llama llevar las grandes maniobras imperiales á la alcoba nupcial!...

Nuevos imperios, nuevos tratados de obstetricia imperial. Á la emperatriz se la obliga á parir á cañonazo limpio. ¡Pobre señora! ¡Amenazada de ver partir á su primogénito con rumbo á las regiones polares, y de ver al último de sus chiquitines atacado de alferecía á causa de un bombardeo prematuro!

Decididamente, la civilización está en mantillas.

\* \* \*

Y el emperador Guillermo está chillado. A mí no me digan. Si á uno de ustedes, lectores, se le ocurriera la idea de enviar al polo un hijo chiquitín y cañonear á otro hijo, recién nacido, con un Krupp colocado frente á la habitación en donde pare la mamá, á mí no me digan, le llevaban á usted al manicomio de Leganés los vecinos del barrio.

Lo grave de esa monomanía militar es que expresa un sentido contrario al que informó la guerra de Alemania contra el emperador Napoleón, no contra

Francia. « La victoria de Sedan — dice el periódico *Vorwärts*, órgano de una bandería socialista de Alemania — fué el término natural de la espantosa y fratricida guerra que hizo presa en dos de las más grandes y cultas naciones de Europa, y era de esperar, después de la caída del imperio francés, una era de felicidad para los pueblos. Los acontecimientos tomaron un rumbo distinto. No guían al gobierno alemán la libertad y la paz; le guía la fuerza. Prisionero Napoleón y derrocado el imperio, continuó el combate. Su fin oculto era la conquista de Alsacia Lorena. La guerra contra el emperador se transformó en guerra contra el pueblo francés.

« De Sedán á París duró la lucha dos veces más que de la frontera á Sedán. La victoria que se obtuvo en aquel espantoso matadero no fué simbolo de paz para Alemania y el mundo, sino constante peligro de guerra. El Moloch del militarismo tomó formas gigantescas. De manera que Sedán inauguró para nosotros, los alemanes, no un período de bienestar, sino de esclavitud; excepciones humillantes, exclusivismos odiosos, empobrecimientos, tiranías, explotaciones y corrupciones. Sedán produjo á Bismarck. Para limpiar la basura de ese escombros, hace falta una generación. Celebren otros el aniversario de Sedán. *Nosotros, alemanes también, no lo festejamos... »*

Un inmenso aplauso de la prensa de París ha saludado las declaraciones del *Vorwärts*. Son humanas, patrióticas y justas. Sobre la cúpula del edificio que levantara el rey Guillermo, no flota, no, la

hermosa bandera que corona la cima de aquellas obras que tuvieron acabamiento sin llanto y sin sangre. En lo alto del moderno imperio alemán se vislumbra una bandera de muerte.

Es un error — he dicho en otra ocasión — confundir á los alemanes con el país de idólatras fundado en el siglo XII por los cruzados del Orden Teutónico. Los prusianos no son verdaderamente alemanes, ni querrian serlo, si no les conviniera. Mientras Alemania se enorgullece con Leibnitz, Hegel, Kant, Krause, Goëthe, Meyerbeer, Schiller, etc., soldados vencedores en los campos de la ciencia y el arte, Prusia se entusiasma con los vencedores en Lowositz, Rosbach y Kunersdorf, con el obligado acompañamiento de gigantones que creó el rey *Sargento*; y en tanto que Alemania enseña con orgullo las heridas que le infirió en el pensamiento la Revolución francesa, Prusia venga agravios en nombre de los gigantones derrotados en Friedland y Jena, uncidos, con Federico Guillermo de arriero, al carro triunfal de un Bonaparte, y escoltados por hermosas rubias que humedecieron á Berlín con el Champagne del espíritu francés, que les infiltraron los borrachos de la guardia imperial... Y luego, á guisa de represalias, tropas prusianas son las que, de resultas de las conferencias de Pilnitz, se internan en Francia; tropas prusianas las que deciden el gran duelo de Waterloo; tropas prusianas las que pasan debajo del Arco del Triunfo, tropezando el letrero ¡*Casa de Fieras!* con que marcara irónicamente á los invasores el peregrino ingenio parisiense. Desde

el Rhin hasta la capital de Prusia, en la superficie de las aguas del río y sobre las colinas más altas, ras treante por las llanuras, en toda la tierra germana, se destaca ensangrentada y rígida la silueta del centinela prusiano, mientras beben los buenos alemanes vino espumoso y cerveza de Baviera.

No me extraña, pues, la protesta del periódico *Vorwärts*. Porque no se alza sobre los muros de Sedán el trovador tudesco que canta a paz. Se alza Bismarck con su armadura férrea, y su enorme casco de punta acerada, mirando fieramente hacia París.

## LA MODA

---

Mientras llega el cólera vuelve á discutirse la eficacia de las inyecciones del doctor Haffine. El doctor dice que está seguro del resultado, porque ha hecho experimentos en cochinitos de la India. Pero un cochinito, aunque sea de la India, no es generalmente una persona. La primera ejecución por la electricidad se creyó que sería instantánea, porque en Nueva York se había hecho el experimento en una vaca. Pero un hombre no es generalmente una vaca, y el reo pasó la pena negra antes de pasar á « mejor vida ». Sin embargo, según Haffine, todo es cochinito. Puede que lleve razón.

Como no es cosa de pasarse la vida filosofando sobre las inyecciones, el público acudió á divertirse en el salón de pinturas, cuya mayoría es un verdadero paso de risa. Claro que no falta algún que otro cuadro, como el de Robey de mérito excepcional, *revelador*, y una docena de pinturas excelentes; pero dada la barbaridad numérica de los cuadros expuestos, resulta que la Exposición no merece bien del

arte. El público, por supuesto se divierte atrocemente, porque lo que menos le preocupa es el arte, y lo que le absorbe por completo es el lujo de los trajes femeninos y masculinos.

En una correría por una población remota, observé cierta noche, en la plaza de la villa, que unos señores, sentados en un banco debajo de frondoso árbol, prorrumpían en gritos y alaridos semejantes á los de los animales. Cuál de ellos imitaba al carnero, cuál otro al perro; éste bufaba como un toro, y aquél, después de darse unas palmaditas en el pecho, remediando el aleteo del gallo, exhalaba un agudo *quiquiri-qui*; y todos, eso sí, muy serios, graves y circunspectos.

Es claro que yo supuse que tal escena era cosa desusada, tal vez una broma, acaso un raptó de locura; y como conviene, al llegar á una población que no se conoce, enterarse de la clase y condición de las bestias y personas con quienes se ha de vivir en forzoso trato, reíncidí en el paseo nocturno, y cuantas veces pasé por la plaza oí los mismos ladridos y rebuznos, iguales bufidos y quiquiriquís. Esa *menagerie* suelta — observé al dueño del hotel en que yo paraba, — será cosa accidental, con motivo de alguna fiesta, y compuesta, sin duda, por personas de baja estofa.

— No tal, me contestó tranquilamente. Todas son personas principales, lo mejorcito del pueblo. Mire usted: el que hace el borrico es un abogado, que fué dos veces diputado á Cortes; el que ladra como un perro rabioso no se dejaría ahorcar por un millón

de duros; y el gallo es nada menos que el señor cura.

Creo desdeñ entonces que son muchas las personas inferiores á las bestias; muchas más las que tienden irresistiblemente á rivalizar con los animales; y si me quedara aún alguna duda, bastaría á disipármela la *nueva* moda del año 30, reformada.

La inclinación natural, intuitiva, de imitar á las bestias, ha adquirido todo su desarrollo con el gabán de pieles, que es el *desideratum* de las personas de viso; tanto, que algunas tienen como punto de partida de tal ó cual hecho, al hacer tal ó cual relato, la adquisición de dicha prenda.

He oído decir:

« Cuando murió mi madre, que fué por el mismo tiempo que me compré el gabán de pieles, tuve que ir al pueblo para arreglar unos asuntillos. »

Ó bien:

« Eso pasó... dirá á usted, eso pasó en marzo... ¿ En marzo? No, á principios de abril, porque recuerdo que fué para entonces que me compré el gabán de pieles. »

Si el gabán es bueno, y por lo tanto costoso, la metamorfosis animal no es tan grande; pero si el gabán es de poco más ó menos, ó de medio pelo, quien le lleva puede tener la satisfacción de que le confundan fácilmente con un búfalo, cuando no con un perro.

En este invierno, excepcionalmente *crudo*, apenas se distinguen las personas de las bestias. Hay que ver los vecinos pobres de los barrios extremos de

Paris; hay que verles pasar de prisa y corriendo, cubiertos con pieles enteras de ciervos, corderos, perros de Terranova, deteniéndose ã veces, en medio de un polvillo de ventisca, para que les acaricie la lengua de fuego de un brasero al aire libre. Pero no hay que ir á los boulevards exteriores; en pleno gran boulevard de la Magdalena encontré anoche á una señora, respetabilísima y distinguida, muy amiga mía, que me pareció de lejos una vaca.

Y es que, como dice el doctor Haffine, *todo es cochinillo...*

\* \* \*

En Madrid están sumamente preocupados con las boas erizadas que les llevan de Paris á las señoras madrileñas, y que le dan un susto á cualquiera. Al volver de una esquina se encuentra usted una mujer pequeña, fea y sumergida en una de esas boas con plumas de gallos ó rabos de monos, y lo menos que se figura usted es que se le viene encima un perro de lanas extraordinario ó un salvaje de las Pampas.

Nos civilizamos. Las comidas de *nuestros* principales restaurants parecen perfumes; las salsas saben á cosmético; los panecillos tienen forma de confites. Hay trajes femeninos tan vaporosos y pintarrajeados que semejan ropajes de guacamayos; batas de plumas de colibrí; abrigos de zorra...; y los españoles á la moda parecen cochinillos de la India en actitud de recibir las inyecciones Haffine.

Pero lo más *gentil* y *bien élevé* en Paris, sépanlo las madrileñas, es llevar, á guisa de pulsera, un lagarto de goma; lagarto símbolo de los que gastaban algunas viejas *cocottes* de la novela *Sapho...* ¡y da mucho gusto el ver á las damas meneando el lagarto!

Nadie teme al otro lagarto, vencedor en Lowositz, Rosbach, Kunersdorf, Sadowa, Gravelotte, Paris... lagarto monstruoso, con casco de hulano y botas de montar, que pasó escupiendo baba por debajo del *Arco de Triunfo...*

## EDOUARD DRUMONT

---

Los voceadores de la prensa lo gritan á mandíbula desquijarada mañana y tarde : — ¡ *La Libre Parole*, par Edouard Drumont! enseñando al mismo tiempo la primera plana donde se ha marcado con lápiz azul el artículo de Edouard Drumont.

No hay en París periódico más voceado que *La Libre Parole*. No hay nombre que suene más, de uno á otro confín de la ciudad, que el de Edouard Drumont. *La Libre Parole* es una bandera de exterminio. Edouard Drumont es un nombre de guerra.

Polemista ardiente, procaz, intencionado, astuto, tenaz — tenaz sobre todo — defensor antaño de los judíos, paladín novísimo de una especie de « guerra santa » contra la raza israelita, su fisonomía política es odiosa, *porque sí*, porque fué siempre ingrato, en el escenario político, el papel de resucitador de añejas instituciones y adormecidos rencores. Perseguir y matar judíos, como si fueran pájaros á pedradas, ¿ en nombre de quién ? ¡ del Dios que les hizo execrables por recibir de sus manos la persecución y la

muerte!... La grito de los judíos continuó como si tal cosa después de la crucifixión del Nazareno; el vocerío de *La Libre Parole* no se detuvo ante la fosa de Mayer... Al saber la noticia lloró Drumont como un hombre. Al día siguiente de la muerte volvió á gritar como un Pilatos.

Muy atrevido. Muy hábil. Se defiende hoy de haber difamado, « por dar á su artículo un toque de *esprit*. » Con el pretexto de que las prendas de los reyes son reliquias que no deben estar en manos de un Rothschild, defiende otro día, de un modo indirecto, el saqueo de los judíos. Hace hoy la semblanza de Voltaire con decir que fué un gran bribón « á quien no se puede negar cierto ingenio », y se atreve en seguida á defender la Inquisición, « que aseguró la grandeza y la independencia de España. » No se recata para decir que la Inquisición es el programa de su partido. « Si subimos, estableceremos un tribunal, que será exclusivamente laico, pero se asemejará mucho á la Inquisición española. »

¿En París y á fines del siglo? Drumont comprende que la frase amedrenta á los hombres civilizados. Pero... « sucederá con esta palabra — dice el polemista — lo mismo que con el calzado nuevo: hace daño al principio de llevarse, pero pronto se acostumbra uno á él. »

Increible. ¡Á la manera de Deibler, que se pasea por Valence, Montbrison, Caen, *etcétera*, con una guillotina ensangrentada, Drumont aspira á pasearse por París con un tribunal de la Inquisición!...

Cada uno de los artículos del batallador periodista

tiene un pensamiento, una frase, una palabra, una chispa, en fin, que hiere y conmueve á sus adversarios. Cierran todos contra él y forman un nublado tempestuoso, que rompe furiosamente en sátiras é invectivas sobre la redacción de *La Libre Parole*. Cuando la tormenta se deshace y pasa, Drumont vuelve á sacar las uñas. Acaso le envanezca y fortifique la misma hostilidad de sus contrincantes; porque si no tuviera mucho talento, no concitaría tamañas explosiones de aceradas diatribas, algunas de las cuales tienen la agrura de la injusticia y la ponzoña de la calumnia. Si no tenéis enemigos — decía Ventura de la Vega — es prueba de que no servís para nada.

Los imbéciles pasan por el mundo como los topos por el campo.

\* \* \*

Personalmente, Edouard Drumont es repulsivo. Su fisonomía hirsuta, grotesca y enmarañada, parece una careta, amasada con todos los defectos físicos de la raza israelita, con dos grandes cristales que tapan unos ojos de serpiente afligida.

Pero, en fin, el hombre y el periodista, mientras más feo más hermoso.